



El fin de los transgénicos y el comienzo de la cisgenética

El 98% de la colza cultivada en Canadá es transgénica.



AGRARIO | INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN



AMÉRICA | CANADÁ

WASHINGTON DC 04.07.2020



En los últimos 25 años la agricultura canadiense ha vivido una transformación radical por la incorporación de cultivos transgénicos, con genes de resistencia a enfermedades o a otras amenazas, como la sequía, y también genes que permiten determinados tratamientos, especialmente herbicidas, al conferir a la planta huésped resistencia frente a los mismos.

En Canadá están autorizados seis cultivos transgénicos, a saber: colza, maíz, lino, soja, alfalfa y remolacha azucarera. El 98% de la colza cultivada en Canadá, su principal exportación agraria, es organismo genéticamente modificado (OGM), al igual que el 80% de la soja que se produce en el país.

Sin embargo, los consumidores canadienses siguen sin percibir cuáles son las ventajas que les aportan estos productos y las encuestas demuestran que sólo entre el 35 y el 45% de los canadienses los considera seguros.

Los propios impulsores de los OGM reconocen que uno de los principales problemas de estos productos ha sido su diseño centrado en resolver problemas de los agricultores, o mejor, de los fabricantes de productos fitosanitarios, más que de los consumidores. Estos últimos están interesados en disponer de productos sanos y nutritivos, sin que la tolerancia a un herbicida en un cultivo sea esencial para ellos.

En los cultivos transgénicos se utilizan genes procedentes de bacterias o de plantas de otras familias, de una manera que no ocurriría en la naturaleza o tardaría millones de años en producirse.

Sin embargo, el desarrollo de las nuevas técnicas de edición genética permite la incorporación de genes de la misma planta o de otras especies o géneros de la misma familia, de una manera semejante a como se realiza en la mejora genética clásica pero mucho más rápidamente. Esto ha llevado a algunos organismos responsables de la autorización de estos cultivos a considerar los así transformados como convencionales, no como transgénicos, exonerándolos de los procedimientos de autorización establecidos. Es el caso del USDA (Departamento de Agricultura de Estados Unidos) que, recientemente, ha adoptado una norma

en este sentido. Sin embargo, la legislación canadiense al respecto no es clara. Los mejoradores han pedido que las normas de Canadá se alineen con las de los EE. UU. para que los obtentores canadienses puedan competir en términos análogos a los americanos, como venía ocurriendo con los transgénicos.

Según manifiestan diversos científicos canadienses, desde 2015 no se ha comenzado ningún desarrollo nuevo de variedades transgénicas y la investigación se ha centrado en el uso de la edición genética. El coste asociado a los procedimientos de autorización de variedades transgénicas desanima de su uso, aunque determinados científicos señalan que algunas características de las plantas sólo podrán ser modificadas mediante estas técnicas.

Por otro lado, en un estudio realizado en 2019, respecto de la visión de los canadienses sobre los alimentos con ingredientes obtenidos de OGM, se pone de manifiesto la importancia de centrar los mensajes en las ventajas que, para el consumidor, tendrían estos productos.

Entre las mismas se citan la reducción del desperdicio alimentario, la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero y la mejora de la sostenibilidad de la producción agraria.

En este sentido, el Ministerio de Agricultura canadiense, junto con otros organismos públicos, como Export Development Canada, están financiando, con 100 M\$ CAN, la construcción de una planta de proteína vegetal para la elaboración de productos sustitutivos de la leche y de la carne. Las materias primas fundamentales para esta industria van a ser la colza y los guisantes. El procedimiento utilizado para obtener las proteínas evita su desnaturalización, manteniendo la mayoría de sus propiedades funcionales.

Estos productos sustitutivos, entre otros argumentos de venta, proclaman una mayor sostenibilidad en su producción, con una menor emisión de gases de efecto invernadero, si se comparan con los productos convencionales, leche y carne, a los que pretenden sustituir.

He aquí un interesante debate para el futuro.